



¿El varón como factor de riesgo? Masculinidad y mortalidad por accidentes y otras causas violentas en la sierra de Sonora*

*Héctor Eloy Rivas Sánchez***

Fecha de recepción: 19 de mayo de 2005.

Fecha de aceptación: 21 de junio 2005.

* Agradezco al Dr. Guillermo Núñez Noriega por haberme brindado las facilidades materiales para llevar a cabo la investigación que dio origen a este artículo, así como su generosa asesoría durante mi trabajo de campo.

** Sociólogo por la Universidad de Sonora con especialización en Victimología, en Derechos Humanos y en Estudios de la Diversidad Sexual por el Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México. Subdirector del Programa de VIH/Sida y Derechos Humanos en la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

Correo electrónico: eloy_rivas@hotmail.com

Resumen / Abstract

Este artículo presenta los resultados de una investigación sociológica cuyo objeto fue explorar el papel que ha jugado el modelo hegemónico de masculinidad en la ocurrencia de muertes derivadas de accidentes y varias formas de ejercicio de la violencia en una comunidad rural de la sierra de Sonora. Estos resultados difieren de aquellos que tradicionalmente los estudios de las masculinidades han mostrado para México y América Latina. El modelo dominante de masculinidad en las comunidades estudiadas no ha condicionado significativamente la ocurrencia de las muertes por accidentes y otras causas violentas. La responsabilidad, la disciplina y el respeto hacia las personas consideradas socialmente débiles (mujeres, ancianos y niños, principalmente) son características que

This article presents some findings of a sociological research focused on exploration of the role played by the hegemonic model of masculinity in the occurrence of deaths. These derived of accidents and distinct ways of the practice of violence in a rural community at the Sierra de Sonora. These findings exposed in this article are different of those shown by traditional studies on masculinities shown in Mexico and Latin America. The dominant model of masculinity in the selected communities that were studied has not conditioned in a significative manner the occurrence of deaths by accident and other violent causes. The responsibility, discipline and the respect to the people, the considered socially weak (women, elders and children) are characteristics that a real man must have in these rural com-



debe poseer un hombre de verdad en las comunidades estudiadas. El apego de los hombres a estas formas de comportamiento y su temor a perder honorabilidad como hombre de verdad si se desvían de estas normas de conducta los ha llevado a evitar una serie de prácticas temerarias que pudieron poner en riesgo su vida y la de otras personas.

Palabras clave: estudios de género, estereotipos, masculinidades, violencia y mortalidad.

munities. Men's attachment to this behavior and his fear of losing his honor as a real man if men detach from these norms of conduct, has taken them to avoid a series of fearless acts which can place their life and the life of others at risk.

Key words: gender studies, stereotypes, masculinities, violence and mortality.

Introducción

Del "macho acomplejado" al "varón como factor de riesgo"

La reflexión intelectual sobre las formas de ser hombre y su relación con la temeridad, así como con las conductas opresivas y violentas a las que éstas predisponen, tiene en nuestro país una tradición que precede a los estudios de las masculinidades que emergieron durante la década de los años noventa como producto del movimiento feminista y los estudios de género.

Durante el periodo del México posrevolucionario, dentro de un diálogo constante derivado de la construcción de un nuevo Estado y de la búsqueda de sentido a una identidad nacional, se generaron una serie de inquietudes intelectuales estimuladas por la necesidad de comprender el papel que jugó la "psicología del mexicano" en la configuración del cataclismo de rabia y sangre acontecido durante la etapa revolucionaria (Stern, 1995).

Esta serie de intentos intelectuales, iniciados por Samuel Ramos en 1934 y planteados de una manera más refinada por Octavio Paz dieciséis años más tarde, derivaron en una serie de diagnósticos que de alguna manera creó una comunidad imaginaria de la cultura nacional mexicana y la relacionó con la conmoción revolucionaria (Stern, 1995: 208). Los portadores de esa cultura nacional construida en el siglo xx eran, según la opinión de Stern, los mexicanos volubles que se ofendían a la menor provocación, fanfarrones en su masculinidad y sin temor a la muerte.

Es a través de estos intentos intelectuales como se construye en México un estereotipo del macho mexicano: un hombre "hermético", "agresivo", "impasible", "expuesto al peligro", que usa la violencia "de forma descarnada" (Paz,



1970: 28-73) y “busca la riña para elevar el tono de su yo deprimido” (Ramos, 1977: 54); características que, entre otras, según Paz y Ramos, se derivan de un complejo de inferioridad heredado por la experiencia castrante de la conquista española (Paz, 1970: 74; Ramos, 1977: 51), mismas que explican la rabia con la cual explotó la Revolución mexicana, así como las riñas en las que se enfrascaban los varones mexicanos de esa época, amén del alcoholismo, la indisciplina, la irresponsabilidad, la violencia, la opresión hacia las mujeres y una serie de conductas abusivas que ahora englobamos bajo el término “machismo”.

La emergencia de las investigaciones de género en el mundo y la llegada de los estudios de las masculinidades a nuestro país, inauguraron una nueva perspectiva de análisis sobre los varones que pone en tela de juicio el estereotipo del macho acomplejado, temerario y violento que dibujaron los diagnósticos del mexicano, desplazando así las explicaciones sobre el origen de las conductas masculinas a un plano distinto.

Adscritos a la tradición teórica construccionista que enfatiza el carácter histórico, artificial y construido de las identidades sociales, los estudios de las masculinidades entienden que las formas de ser hombre, lejos de ser producto de la naturaleza o de la composición genética de las personas, son producciones culturales derivadas de complejas pedagogías sociales que, a partir de una lectura de los genitales, transforman los cuerpos anatómicamente machos en hombres culturalmente masculinos. Dentro de esta concepción, el ejercicio de la violencia y el poder protagonizado por los hombres deja de ser pensado como producto de una supuesta naturaleza esencial o de la posesión de un “yo deprimido” y pasan a ser ubicados como derivación de los procesos de construcción de la identidad masculina que, aun en la diversidad de formas que adopta, implica de manera constante: a) la separación violenta del universo de la madre y lo que representa lo femenino, b) el sometimiento a una serie de pruebas de demostración pública de la virilidad y c) la progresiva formación de una personalidad rígida, poderosa y violenta.¹

¹ Es amplia la producción científica que, aun en su diversidad de enfoques analíticos, entiende al proceso de construcción de la identidad masculina como operado en tres fases: 1) la de separación, 2) la de inculcación y, 3) la del sometimiento a pruebas públicas. Véase a Badinter (1993), Godelier (1986), Bourdieu (2000) y Gilmore (1994).



En México es el antropólogo Benno de Keijzer quien se pliega a esta tradición teórica y se vale de las evidencias empíricas que proveen los estudios antropológicos y sociológicos en otras partes del mundo para desplazar las explicaciones acerca del ejercicio de la violencia y las conductas arriesgadas y temerarias de los varones a un plano antropológico y cultural. En "El varón como factor de riesgo...", trabajo pionero en este campo, De Keijzer (1997) señala que aunque se puede reconocer la existencia de una diversidad de formas de ser hombre es posible ubicar en México "un modelo hegemónico de masculinidad" culturalmente construido a partir de una forma dominante de socializar a los hombres. Este modelo de socialización tiende a incorporar en los varones una serie de valores como la "competencia, la agresividad y la independencia" que, al ser interiorizados a través de este sistema pedagógico, estimulan el desarrollo de "conductas violentas y temerarias" (De Keijzer, 1997: 202), las cuales condicionan la manera en que habitan el mundo y organizan sus relaciones humanas.

Retomando el concepto de tríada de la violencia desarrollado por Michael Kaufman (1987), De Keijzer señala que estos valores asignados socialmente al varón, a la par de las conductas temerarias a las que predisponen estos valores una vez incorporados, los llevan a constituirse en un factor de riesgo en tres sentidos: riesgo hacia sí mismo, riesgo hacia mujeres y niños(as) y riesgo hacia otros hombres. Los datos estadísticos que expone parecen darle la razón: los hombres son los principales protagonistas de la violencia doméstica y portadores de infecciones de transmisión sexual por descuido imprudencial (De Keijzer, 1997: 206-207); también son quienes padecen con mayor frecuencia enfermedades derivadas del consumo de alcohol, tabaco y drogas; asimismo, son los principales perpetradores de homicidios y protagonistas de las muertes por violencia y otras causas evitables. Además, debido a lo anterior, los varones presentan las más altas tasas de mortalidad general y menor esperanza de vida en comparación a las mujeres (De Keijzer, 1997: 210-211).

Diversas investigaciones que se realizan en varias partes del mundo, México y América Latina incluidos, refuerzan lo dicho por Benno de Keijzer. La mayor parte de la producción científica en torno a las masculinidades coincide en encontrar un modelo de "masculinidad hegemónica" –como se denomina continuamente– en el cual los hombres se caracterizan por poseer una ideología sexual competitiva, homofóbica y violenta (Kaufman, 1987; Kimmel, 1997) y



presentan una tendencia casi invariable a mostrarse “fuertes”, activos, “temerarios”, “valientes”, dispuestos a “enfrentar riesgos” y “desafiar la muerte” (Bonino, 1992). Varones que buscan el respeto a través de duelos verbales (Fagundes, 1995), capaces incluso del asesinato cuando se pone en cuestión su “honor de hombre” (Kenneth, 1994); grandes consumidores de alcohol, preñadores, autónomos y proveedores exclusivos en el hogar (Gilmore, 1994; Viveros y Cañón, 1997), características que, entre otras, son conocidas por el sentido común y por los saberes científicos con el término de “machismo”.

En resumen, los estudios de las masculinidades, con su ojo atento a los sistemas sociales pedagógicos que construyen las identidades de género en determinados contextos históricos y culturales, han desempeñado un importante papel en el cuestionamiento de los estereotipos esencialistas del “macho” mexicano que, durante el siglo xx, cimentaron los estudios de “el mexicano”, lo cual es importante remarcar debido a las consecuencias políticas que trajo consigo el enfoque construccionista del que se nutrieron.

Al pensar el ejercicio de la violencia masculina como producto de un proceso de socialización y de inculcación de sistemas, valores y percepciones previamente elaborados por el arbitrario cultural, los estudios de las masculinidades han cuestionado de manera radical el carácter supuestamente natural e inevitable de la violencia imaginada por el sentido común y que los “estudios del mexicano” legitimaron. Con ello, contribuyeron a considerar posibilidades de cambio: si la violencia masculina es producto de la socialización de género que inculca en el varón valores para ejercerla, entonces es posible construir otro sistema pedagógico que eduque en el no ejercicio de la misma.

Sin embargo, hay un asunto que me interesa cuestionar en este estudio: casi toda la producción científica sobre identidades masculinas en México y América Latina que he citado en este trabajo, tiene en común que señala la existencia de un “modelo de masculinidad hegemónica” o un “modelo hegemónico de socialización de género” que se caracteriza por “fabricar” hombres fanfarrones, golpeadores, violentos, preñadores y demás características negativas mencionadas, las cuales llevan a los varones a entablar vínculos desiguales, ejercer violencia irracional, cometer atentados contra su salud y su vida, así como hacia la salud y vida de otras personas, sólo por mencionar algunas consecuencias.



A pesar de lo contundentes que parecen ser los datos que proporcionan estos estudios, me he preguntado si será posible encontrar sociedades en las que el ejercicio de la violencia sea la excepción y no la norma en las relaciones que entablan los varones; sociedades donde la fanfarronería y la arbitrariedad no sea una conducta típica del varón y en las que los hombres no tengan que mostrarse temerarios y arriesgados para ser sujetos con valía social; es decir, una sociedad donde la forma de ser hombre no se traduzca necesariamente en factor de riesgo.

En un intento por contribuir a la acumulación de conocimiento sobre el tema, así como al debate y problematización de lo que se ha planteado en relación con el vínculo masculinidad y conductas de riesgo, se presentan los resultados de una investigación cualitativa y cuantitativa cuyo objetivo fue estudiar el papel específico que han desempeñado las conductas de riesgo e imprudenciales de los varones en el comportamiento de la mortalidad por accidentes y otras causas violentas en una comunidad de la sierra de Sonora; resultados que al parecer no concuerdan del todo con lo expuesto hasta hoy, al menos en México y Latinoamérica.

De esta forma, este artículo fue realizado a partir de la información arrojada por una investigación etnográfica, histórica y estadística que explora la manera en que los patrones de género condicionaron (o no) la evolución y comportamiento de la mortalidad en una comunidad rural de la sierra de Sonora a lo largo del siglo xx. Aunque los objetivos de esta investigación son más amplios, el trabajo se centra en el análisis del comportamiento de la mortalidad de los varones ocasionada por accidentes y otras causas violentas ocurridas durante el periodo comprendido entre los años 1930 y 1999. El propósito es analizar la articulación hipotética entre masculinidad, conductas de riesgo y mortalidad y, con ello, buscar indicios empíricos que puedan ayudarnos a reconocer si las formas de ser hombre en la sierra de Sonora, durante el período mencionado, generaron conductas de riesgo e imprudenciales que condicionaron la mortalidad de varones y mujeres en la región. Para lograr tales objetivos, se recurrió a recabar información cuantitativa y cualitativa.

En primer lugar, a partir de las actas de defunción del municipio, se elaboró una base de datos acerca de la mortalidad total ocurrida desde el año de 1930 a 1999 y, con la ayuda del programa estadístico SPSS, se realizó un análisis descriptivo que permitiera dar cuenta del comportamiento de la misma du-



rante el periodo estudiado. Con el fin de obtener una interpretación más completa de los datos cuantitativos, se realizó un trabajo etnográfico que incluyó entrevistas informales con varones de distintas edades, además de que se llevaron a cabo acciones de observación participante y se efectuó un trabajo de revisión histórica en los archivos judiciales del municipio, a través del cual se pudo acceder a testimonios de jueces, peritajes médicos y declaraciones de los implicados, a fin de indagar el contexto en el que ocurrieron los accidentes y las muertes violentas, así como a entender si los incidentes que provocaron la muerte estuvieron mediados por conductas de riesgo o imprudenciales de los varones.

De esta forma, en las páginas siguientes se expone un panorama general de las características demográficas de las comunidades estudiadas, las cuales están asentadas en el municipio de Baviácora, Sonora, así como del comportamiento de la mortalidad general y la mortalidad por accidentes y otras causas violentas ocurridas en la región a lo largo del siglo xx, siendo debidamente señaladas las diferencias por sexo y edad en el comportamiento del fenómeno. Después de esto, con base en información tomada de los archivos judiciales y peritajes médicos, se realiza un análisis cuantitativo que muestra el papel específico que han desempeñado las conductas imprudenciales de los varones en la ocurrencia de decesos por violencia y accidentes. Finalmente, con apoyo en la información etnográfica recabada, se presenta una interpretación que da cuenta de los elementos socioculturales que han estado condicionando el comportamiento de la mortalidad por accidentes y otras causas de muerte violenta en los varones de esta región de la sierra de Sonora.

Características generales de la región estudiada

Baviácora es un municipio de la sierra sonorensis ubicado a cien kilómetros al noreste de la capital del estado y a ciento cincuenta kilómetros al sur de la ciudad estadounidense de Douglas, Arizona. Con una superficie aproximada de 989.96 km², que representa 0.46% del total estatal, este municipio se compone de 19 pequeñas localidades y una cabecera municipal que conforman una parte importante de la subregión del Río Sonora. De población mayoritariamente mestiza, las comunidades que integran este municipio se han dedicado tradicionalmente a la agricultura de subsistencia y a la ganadería, aunque



sus habitantes se han incorporado recientemente al trabajo manufacturero con la llegada de una planta maquiladora asentada desde principios de la década de los años noventa en la cabecera municipal.

Como ocurre con la mayoría de las comunidades rurales de nuestro país, Baviácora ha tenido una población flotante debida principalmente al fenómeno de la emigración de los jóvenes y adultos a los centros urbanos más cercanos (Hermosillo, Sonora, y Douglas, Arizona) en busca de fuentes de empleo. Por esta razón, y también a causa de la disminución progresiva de las tasas de defunción, la población ha fluctuado de manera considerable a lo largo del siglo xx, mostrando un lento pero sostenido crecimiento desde la década de 1930 a la de 1970, al pasar la cantidad de habitantes de 2 340 a 4 661, en lo que constituyó el periodo donde alcanzó su índice más elevado de población. No obstante, según datos del Instituto Nacional de Geografía e Informática (INEGI, 2000), con posterioridad a la década de 1970 la población muestra una tasa de crecimiento anual de -0.66, hasta quedar estacionada en 3 724 personas en el año 2000, de las cuales 1 948 son varones y 1 776 mujeres.

La mortalidad general y la mortalidad por accidentes y otras causas violentas (ACV)² en Baviácora, Sonora: 1930-1999

La mortalidad general

En los últimos setenta años, el municipio de Baviácora ha experimentado lentas pero significativas transformaciones en relación al comportamiento de la mortalidad general. A lo largo del siglo xx la tasa de mortalidad general descendió más de cien por ciento, ya que de 12.8 defunciones por cada mil habitantes que se presentaban en la década de 1930, se redujo a 5.2 en la década de 1990.

² En la literatura demográfica y epidemiológica sobre mortalidad, incluyendo la Clasificación Internacional de Enfermedades de la Organización Mundial de la Salud, se denominan muertes violentas a los decesos ocurridos por homicidios, suicidios o accidentes; tipos de muerte cuyo común denominador es que su ocurrencia no estuvo mediada por el deterioro físico del organismo humano (Hernández, 1989). El presente trabajo se centra en el análisis de este tipo de fallecimientos, aunque he preferido utilizar la denominación "muertes por accidentes y otras causas violentas", que abreviaré como ACV para fines de agilidad en la lectura.



Lo mismo ocurrió con las principales causas de muerte, mismas que a principios de siglo se debían a enfermedades infectocontagiosas como enteritis (señaladas como infecciones intestinales o fiebres no especificadas), diarreas, tuberculosis, sarampión y disentería. Por lo contrario, durante la década de los años noventa el mayor número de fallecimientos fue a causa de las llamadas enfermedades crónico-degenerativas (cardiopatías y diversos tipos de cáncer), quedando desplazadas las enfermedades infectocontagiosas a los últimos lugares en la tabla de mortalidad general. Estas transformaciones siguieron el patrón de comportamiento a escala nacional en lo que respecta a la disminución progresiva de las tasas de defunción y al crecimiento inversamente proporcional entre muertes por enfermedades infectocontagiosas y enfermedades crónico-degenerativas (Fernández, 1983).

La mortalidad por AVC

La mortalidad por accidentes y causas violentas (ACV) ha tomado un ritmo distinto al observado en el resto de las defunciones ocurridas durante el siglo xx. Tanto las investigaciones acerca del tema como los datos oficiales a escala nacional, coinciden en señalar que la estabilidad en el tiempo de las tasas de mortalidad por accidentes y causas violentas, en contraste con la disminución progresiva de la mortalidad general, llevaron a que este tipo de muertes comenzaran un ascenso significativo en la estructura de la mortalidad hasta llegar a colocarse como la principal causa de muerte desde la década de 1980 (Hernández, 1989).

Lo anterior se aplica sólo parcialmente para el caso de Baviácora, ya que en este municipio las tasas de mortalidad por ACV mostraron una relativa estabilidad a lo largo del siglo xx e incluso una tendencia al estancamiento en cuanto a su aportación porcentual al número de muertes totales, sobre todo en las últimas dos décadas. En efecto, durante la década de los años treinta se presentaron 0.47 fallecimientos por cada mil habitantes. Después de llegar a su punto más alto en la década de los años cuarenta (0.54 por mil), la tasa de mortalidad por estas causas observó un comportamiento oscilatorio, pero descendente, durante los últimos treinta años del siglo pasado hasta llegar a 0.46 en la década de 1990.

No obstante esta permanencia a lo largo del tiempo y la progresiva tendencia a la baja de las tasas de mortalidad general, las muertes por accidentes y otras causas violentas, aunque de manera tenue, presentaron un ascenso



dentro de la estructura de las principales causas de muerte. En la década de 1930, las muertes por ACV se ubicaron como la sexta causa de muerte general, equivalente a 4.5% de las muertes totales ocurridas durante ese periodo. A pesar de que su contribución neta a la mortalidad general fue distinta en cada época, este sexto lugar fue mantenido hasta la década de 1980, periodo en el cual asciende su nivel para colocarse en la cuarta causa de mortalidad general.

Durante la década siguiente (1990) este tipo de muerte aumentó su contribución porcentual de manera significativa; sin embargo, siguió ocupando el cuarto sitio dentro de las principales causas de muerte. Debido a lo anterior es posible afirmar que la mortalidad por ACV en el municipio de Baviácora ha mostrado un comportamiento parecido al observado en el ámbito nacional con respecto a su relativa estabilidad, aunque, a diferencia de este último, su aportación porcentual a la mortalidad general ha sido mucho menos significativa.³

Diferenciales por sexo de la mortalidad por ACV: los hombres y el monopolio de las muertes por violencia

Los índices de mortalidad por ACV presentaron durante la etapa estudiada un ligero aumento apenas perceptible dentro de la estructura de la mortalidad general. No obstante, al atender en forma específica a los diferenciales por sexo de este tipo de fallecimientos y su contribución porcentual a la mortalidad general, los datos cobran una dimensión distinta. A lo largo del siglo XX se observa que los fallecimientos por accidentes y causas violentas ocurrieron principalmente entre hombres: 72.2% en 1930, 90% en la década de 1960 y 88.8% durante la de 1990. Juntas, las causas de muerte por ACV de los varones aportaron 4.5% de las muertes totales ocurridas en 1930, 3.6% en 1960 y 8.46% en la década de 1990.

En contraste, en 1930 sólo 0.8% de las muertes por ACV respecto a la mortalidad general fueron de mujeres, permaneciendo casi sin variación y con una tendencia a la baja durante los años posteriores, hasta la última década

³ Esto aplica sólo para las décadas posteriores a 1960. El porcentaje que aportaron los ACV a la mortalidad general a escala nacional fue de 5.5% para la década de 1950 y de 16% para la de 1980 (Hernández, 1989), mientras que en el municipio de Baviácora fue de 6.9 y 8.5% para esos mismos periodos. Como se observa, a mediados del siglo las defunciones por violencia aportaron más muertes a la estructura de la mortalidad general que lo reportado en el ámbito nacional, mientras que a finales del siglo la aportación de los decesos por ACV disminuyó de manera muy significativa.



del siglo xx, cuando los decesos femeninos por estas causas aportaron 1.05% a las muertes totales (una excepción en el caso de las mujeres lo constituye la década de 1940, época durante la cual la mortalidad por violencias y accidentes aportó 2.33% de las muertes totales).

Estas diferencias en cuanto a la aportación por sexo de las muertes violentas a la mortalidad general, muestran una contribución significativa de los hombres a la configuración de dicha estructura. De esta forma, se puede afirmar que, en más de ochenta por ciento de las defunciones por ACV ocurridas en cada periodo, el lugar que ocupa este tipo de muerte dentro de la tabla de las principales causas de defunción de la población general a lo largo del siglo pasado fue producto de la aportación mayoritaria de los hombres.⁴ Esto es particularmente notorio durante la década de 1990, periodo durante el cual los accidentes y las violencias figuraron como la cuarta causa de muerte general y en el cual, según muestran los datos, los hombres aportaron 88% de las defunciones totales.

La mortalidad por ACV según edad y sexo: el monopolio de los hombres jóvenes en las muertes por violencia

Una vez analizado someramente el papel diferenciado de los varones y las mujeres en lo referente a las muertes por ACV, y tras constatar que son los varones los principales protagonistas de este tipo de decesos, es importante también observar los grupos de edad que concentran los más altos niveles de mortalidad por esta causa.

Al respecto, tenemos que el mayor porcentaje de las muertes por accidente y violencia en el municipio de Baviácora ocurrió en hombres entre los quince y cuarenta y cuatro años de edad. Esto es especialmente claro durante las décadas comprendidas entre 1940 y 1980, periodo en el cual los hombres –en el rango de edad mencionado– concentraron 66.2, 58.8, 66.6, 71.4 y 83.3%, respectivamente. Siendo aún más precisos, los datos señalan que es entre los quince y los veinticuatro años de edad cuando se presentan la mayoría de los decesos por ACV, con un promedio por década de 23.8% de los decesos totales

⁴ La década de 1940 es una excepción. En este periodo, la mortalidad por ACV en las mujeres se incrementó sustancialmente en 357% respecto de la década de 1930, disminuyendo un poco la correspondiente a los varones. Con excepción de esta década, los datos señalan que siendo los varones protagonistas principales de las muertes por violencia y accidentes, sus decesos contribuyen sustancialmente a condicionar la estructura de la mortalidad por causas violentas en casi todo el siglo xx.



ocurridos durante todo el siglo xx y con muy ligeras modificaciones en el transcurso de este tiempo.

Los grupos de edad que secundaron en número de fallecimientos al rango de menores de veinticuatro años, fueron los hombres de veinticinco a treinta y cuatro años y el de treinta y cinco a cuarenta y cuatro años, quienes aportaron 18.1% de los decesos cada uno. Aquí es importante señalar que la década de 1960 es una excepción: 55.5% de los decesos totales se presentaron en hombres de treinta a cuarenta y cuatro años, seguidos por los decesos de los hombres de quince a veinticuatro años de edad.

Para el caso de las mujeres, si se toma en cuenta la edad de las fallecidas, se observa que los decesos por esta causa de muerte aparecen muy dispersos a lo largo del siglo xx. No obstante, se destaca una regularidad de decesos por esta causa entre los cinco y catorce años de edad en las décadas de 1940 y 1980. No obstante, durante la década de 1990 se presenta un ligero incremento en las muertes de las mujeres por ACV, pero, a diferencia de las décadas de los años cuarenta y ochenta, éstas se concentran en el grupo de los quince a los veintinueve años de edad.

Recapitulando

De lo expuesto anteriormente podemos resumir que:

- 1) La mortalidad general por accidentes y otras causas violentas se ha mantenido relativamente estable a lo largo del periodo estudiado. Debido a esta estabilidad y a la progresiva tendencia a la baja de los niveles de mortalidad general, las muertes por ACV ascendieron progresivamente su posición en la estructura de las principales causas de mortalidad general, aunque de manera muy tenue, a diferencia de lo ocurrido en el ámbito nacional.
- 2) Los hombres son los principales protagonistas de los decesos por accidentes y causas violentas. A lo largo del periodo estudiado aportaron, casi sin variación, entre ochenta y noventa por ciento de los fallecimientos totales por esta causa. La estabilidad en el tiempo de las tasas de mortalidad por violencia de los varones, en contraste con la progresiva tendencia a la baja de la mortalidad general a partir de la década de 1950, explica la razón por la cual la mortalidad por ACV



- de los varones contribuyó a modificar sustancialmente la estructura de la mortalidad general, colocando en cuarto lugar las ACV dentro de las principales causas de muerte en la última década del periodo estudiado.
- 3) La mortalidad por ACV se concentra principalmente en los hombres que tienen entre quince y veinticuatro años de edad, con pocas transformaciones a lo largo del periodo observado. Esta tendencia ha sufrido ligeras modificaciones a partir de las décadas de 1980 y 1990. Durante estos periodos, los hombres que se encontraban entre los veinticinco y treinta y cuatro años de edad, así como los comprendidos entre los treinta y cinco y cuarenta y cuatro años, han tendido a igualarse en cuanto al número de fallecidos a los ubicados en el rango de edad de entre quince y veinticuatro años.
 - 4) En la década de 1940 las mujeres presentaron un extraordinario número de muertes por accidentes y violencias, particularmente las menores de cinco años. Fuera de este periodo, su mortalidad por ACV ha sido casi insignificante en comparación con la reportada por los varones por estas mismas causas de muerte. Sin embargo, luego de un descenso en la década de 1950 y una relativa estabilidad en las décadas posteriores, los decesos por muertes violentas de las mujeres tendieron a aumentar significativamente su presencia dentro de las principales causas de muerte en la década de 1990. En esta década, las muertes femeninas por ACV tendieron a concentrarse en el grupo de edad comprendido entre los quince y veintinueve años.

Masculinidad, conductas de riesgo y mortalidad por violencia

El análisis anterior acerca del comportamiento de la mortalidad muestra las diferencias abismales entre las defunciones de hombres y mujeres, revelando el claro protagonismo de los varones en los índices de mortalidad por accidentes y otras causas violentas. Este fenómeno podría ser explicado como producto de la exposición gratuita a riesgos, la ausencia de autocuidado y los patrones de conducta autodestructivos a los que, según nos han mostrado los estudios de las masculinidades, predispone el modelo dominante de identidad masculina en nuestra cultura. Sin embargo, sería muy apresurado aún hacer este tipo de



aseveraciones, pues los datos presentados no ilustran sobre el peso específico que pudieron tener las conductas imprudenciales de los varones en la ocurrencia de los decesos por accidentes y otras causas violentas.

Para indagar al respecto, se realizó un análisis estadístico tomando en cuenta variables cualitativas tales como el carácter imprudencial o no imprudencial del incidente que provocó el deceso. Para lograrlo, se procedió a una revisión histórica en los archivos judiciales del municipio, lo que a su vez nos dio la posibilidad de acceder a la lectura de los peritajes médicos y judiciales, así como a las declaraciones de testigos y personas implicadas en los incidentes que provocaron las muertes.⁵

La mortalidad por AVC según el tipo de conducta implicada en el deceso

La primera aproximación estadística nos señala que del total de fallecimientos de los varones por accidentes y otras causas violentas ocurridas durante el periodo estudiado, la cifra derivada de incidentes en los que intervinieron conductas imprudenciales fue mucho menos significativa que en los decesos en los cuales este tipo de comportamientos no estuvieron involucrados.

En términos generales, la principal causa de muerte por ACV la constituyeron los "otros accidentes", nombre genérico que agrupó, para fines estadísticos, los decesos por descarga eléctrica, los accidentes ocurridos en trabajo o en casa, los ocurridos por inmersión en agua y otro tipo de accidentes no especificados. Esta primera causa de muerte por ACV aportó 38.6% de los decesos totales, seguida por los accidentes de transporte en que perecieron 20.5% de los hombres. En tercer lugar, con 12.5% de los fallecimientos totales, se

⁵ Los incidentes causantes de la mortalidad por accidentes y violencia que atribuiremos a conductas imprudenciales de los varones, son: a) riñas, b) homicidios, c) todo tipo de accidentes mediados por el alcohol, d) suicidios en hombres no enajenados de sus facultades mentales, e) accidentes automovilísticos donde estuvo presente el alcohol y el exceso de velocidad, f) accidentes producto de la utilización de armas de fuego y, g) intoxicación por alcohol. A todas estas causas de muerte les llamaremos "incidentes imprudenciales". En contraparte, los incidentes que no se reconocen como producto de conductas imprudenciales son los que ocurrieron por: a) accidentes en casa o trabajo en las que el peritaje no señaló presencia de alcohol u otro elemento que se pueda tomar como imprudencial, b) asfixia por inmersión en agua o en fuego y otros tipos de asfixia accidental en menores de cinco años, c) accidentes automovilísticos por derrape en carretera, choque con ganado o fallas mecánicas, siempre y cuando no se registre presencia de alcohol o exceso de velocidad, d) suicidios de varones que el peritaje médico señale como "enajenados de sus facultades mentales", e) envenenamiento accidental por picada de animal ponzoñoso o con insecticida y, f) caídas accidentales y accidentes causados por fuego en menores de cinco años.



encontraron los homicidios; la cuarta causa de muerte por acv se debió a envenenamientos accidentales (10.2%). Los suicidios figuraron en quinto lugar, aportando 9.1% de los decesos totales, seguidos de las intoxicaciones por alcohol (4.5%), las caídas accidentales (2.3%) y los accidentes causados por el fuego (2.3%).⁶

- **Las muertes por conductas imprudenciales**

Agrupadas las muertes ocasionadas según el carácter “imprudencial” o “no imprudencial” que motivó la ocurrencia del deceso, nos encontramos con que sólo en 34.1% de los decesos totales estuvieron involucradas conductas de riesgo. Esto es: a) accidentes por exceso de velocidad o en los que estuvo presente el alcohol [5.7%], b) homicidios, todos ocasionados por riñas en donde estuvieron involucradas la defensa del honor y “la hombría” de alguno de los participantes [12.5%], c) accidentes en el trabajo [otros accidentes] donde estuvo presente el alcohol [5.7%], d) suicidios [5.7%] y, e) intoxicaciones por alcohol [4.5%].

- **Las muertes por conductas no imprudenciales**

A diferencia de lo anterior, los decesos ocurridos por incidentes no imprudenciales representaron 58% de los casos totales. Desglosados los datos, tenemos que estas muertes ocurrieron por: a) accidentes en casa o trabajo donde no se registró la presencia del alcohol ni otros actos imprudenciales [18.1%], b) muertes por descarga eléctrica y asfixiados por inmersión en agua [11.2%], c) accidentes de transporte ocasionados por fallas mecánicas, derrapes por mal estado de camino o carretera y choques con ganado en los que el peritaje no menciona la presencia de alcohol o exceso de velocidad [10.2%], d) envenenamientos accidentales por picadas de animal ponzoñoso o con insecticidas [10.2%], e) suicidios de hombres señalados por el peritaje médico como “enajenados de sus facultades mentales” [3.4%], f) caídas accidentales en caballo [2.3%] y, g) accidentes causados por el fuego [2.3%].

⁶ Para evitar al máximo los errores en el registro, tuvimos cuidado de desechar algunos casos en los que el peritaje médico o judicial no pudiera dar cuenta de la presencia de actos imprudenciales o exposiciones gratuitas al peligro como causante del accidente. Por esta razón, algunos casos aparecen como “no especificados”.



La mortalidad por ACV según edad y tipo de conducta: los hombres imprudentes mueren jóvenes

- ***Las muertes por conductas imprudenciales según la edad***

Al observar la variación en el tiempo de los decesos por accidentes, con base en la edad de la víctima y el carácter imprudencial del incidente, pudimos constatar que las muertes por imprudencia masculina ascienden significativamente a partir de la década de 1940, concentrándose particularmente en varones cuyas edades fluctúan entre los quince y veintinueve años de edad, grupo que aportó 32.9% de las muertes imprudenciales acaecidas durante las siete décadas estudiadas. Esto es más evidente en el caso de los accidentes automovilísticos –en cuyo desenlace estuvieron casi invariablemente presentes el alcohol y el exceso de velocidad–, los suicidios y los homicidios.

Es notable el hecho de que, antes de la década de 1960, los principales decesos por incidentes imprudenciales en los hombres se debieron a homicidios perpetrados en un contexto de homosocialidad, alcohol y disputas que implicaban la defensa del honor masculino, y en los cuales se encontraban implicados hombres ubicados entre los treinta y cinco y cuarenta y cuatro años, así como entre los quince y los veinticuatro años de edad. Después de la década de 1960, las muertes por homicidio, de representar entre 18% y 35% de las muertes totales, sufrieron un evidente descenso.

A partir de esa fecha, y en concordancia con la llegada de las carreteras que comunicaron a la mayor parte de los pueblos del Río Sonora, los accidentes automovilísticos ascendieron al mismo ritmo que descendieron los homicidios. En este tipo de accidentes siempre se encontraron implicados hombres dentro del rango de edad de quince a veinticuatro años, seguidos por el grupo de treinta a treinta y cuatro años de edad; en ambos casos, los involucrados manejaban bajo los efectos del alcohol y a exceso de velocidad, o en el marco de una de las dos condiciones.

Es interesante observar que, hasta la década de los años setenta, los hombres cuyas edades fluctúan entre los treinta y cuarenta y cuatro años, que se-



cundan en número de muertes por imprudencias a los jóvenes de entre quince y veintinueve años, fueron mayoritariamente víctimas de homicidios (5 de 7). En el caso de los jóvenes de entre quince y veintinueve años, estos monopolizaron casi sesenta por ciento de las muertes por accidentes de transporte, suicidio y homicidio.

Cuadro 1. Mortalidad por ACV en hombres, Baviácora, Sonora, México, 1930-1999

Causa de muerte		Casos	Porcentaje del total
Otros accidentes	Ahogados por inmersión en agua o asfixia	6	6.7
	Electrocutados	4	4.5
	Accidentes en trabajo o casa	16	18.1
	No especificados	3	3.4
Subtotal		29	32.9
Accidentes de transporte	Por alcohol y exceso de velocidad	5	5.7
	Fallas mecánicas, impacto con ganado y derrape en carretera	9	10.2
	No especificado	4	4.6
Subtotal		18	20.5
Homicidios		11	12.5
Subtotal		11	12.5
Envenenamiento accidental	Por picada de animal ponzoñoso	6	6.8
	Con insecticida	3	3.4
Subtotal		9	10.2
Suicidios	Consciente	5	5.7
	Enajenado de facultades	3	3.4
Subtotal		8	9.1
Alcohol, drogas y medicamentos		4	4.5
Subtotal		4	4.5
Caídas accidentales	En río a caballo	1	1.15
	En río por niños	1	1.15
Subtotal		2	2.3
Accidentes causados por el fuego		2	2.3
Subtotal		2	2.3
Total		88	100.0

Fuente: elaboración propia a partir de los Archivos de Justicia del Municipio de Baviácora, Sonora, México, 1930-1999.



● **Las muertes por conductas no imprudenciales según la edad**

Al agrupar las muertes por accidentes no imprudenciales según grupos de edad, es notoria la irregularidad de su comportamiento a lo largo del tiempo estudiado. En este tipo de muertes, los más afectados fueron los menores de cinco años, casi todos ellos fallecidos por causa de envenenamientos por picadas de animal ponzoñoso y caídas accidentales. El grupo de edad que los secundó fue el de veinticinco a treinta y cuatro años, quienes fallecieron principalmente por accidentes de trabajo –electrocutados y explosiones en mina–, ahogados por inmersión en arroyo y por accidentes de transporte. Todo ello tuvo variaciones interesantes a lo largo del siglo xx.

Mientras que en las primeras tres décadas estudiadas –1930 a 1960– las muertes se debían a envenenamientos accidentales (concentradas en menores de cinco años), ahogados en arroyo y electro-

Cuadro 2. Mortalidad por acv en hombres según causas de accidente, Baviacora, Sonora, México, 1930-1999

Causas de muerte	Casos	Causa de accidente					
		Imprudencial	% del total	No imprudencial	% del total	No especificado	% del total
Otros accidentes	34	5	5.7	26	29.6	3	3.4
Accidentes de transportes	18	5	5.7	9	10.2	4	4.5
Homicidios	11	11	12.5	0	0	0	0
Envenenamiento accidental	9	0	0	9	10.2	0	0
Suicidios	8	5	5.7	3	3.4	0	0
Alcohol, drogas y medicamentos	4	4	4.5	0	0	0	0
Caídas accidentales	2	0	0	2	2.3	0	0
Accidentes causados por el fuego	2	0	0	2	2.3	0	0
Total	88	30	34.1	51	58.0	7	7.9

Fuente: elaboración propia a partir de los Archivos de Justicia del Municipio de Baviacora,



cutados por rayos (concentradas en menores de treinta y cuatro años), durante la década de 1960 los accidentes de transporte, los accidentes laborales (en mina y por descarga eléctrica) y los decesos debidos a asfixias por inmersión en agua en menores de diecinueve años y mayores de treinta y cinco años de edad, cobran significativa importancia.

Observados en conjunto, estos datos arrojan resultados interesantes: las modestas proporciones obtenidas de las conductas imprudenciales de los varones en el desenlace de las muertes por ACV, contrastan con lo expuesto en algunos estudios acerca de las masculinidades en nuestro país y otras partes de Latinoamérica. Tal circunstancia nos induce a preguntarnos cuál fue el papel desempeñado por las formas de ser hombre en la comunidad de Baviácora para que las muertes por violencias y accidentes, mediadas por las conductas de riesgo, aparezcan estadísticamente tan poco significativas frente a las muertes en las que no intervino la imprudencia de los varones. Asimismo, al mostrar los datos una concentración de las muertes imprudenciales a principio del siglo xx y, por otro lado, un significativo ascenso de las muertes ocasionadas por conductas no imprudenciales a finales de éste, nos motiva a desplazar el énfasis exclusivo en la masculinidad y cuestionarnos por otros elementos socioculturales que pudieron estar condicionando las formas que ha adoptado el fenómeno de la mortalidad de los varones por accidentes y violencias.

En un intento por dar respuestas a estas interrogantes, se explorará, en primer lugar, la manera en que los procesos sociales de construcción de la masculinidad en la región condicionan ciertos tipos de muertes imprudenciales en determinadas etapas de la vida del sujeto y bajo determinados contextos, así como la manera en que las ideologías dominantes acerca del "ser hombre" igualmente han condicionado la poca representación de las muertes por actos imprudenciales a lo largo del siglo analizado. De igual forma, para entender la lógica que subyace a las muertes por violencia en las que no intervinieron conductas temerarias, se indagará en la manera en que los procesos de modernización y la organización social del género –mutuamente reforzados–



han participado en el condicionamiento de la mortalidad por accidentes y otras causas violentas no imprudenciales.

El proceso de construcción de la masculinidad: entre la temeridad y la responsabilidad

Observando en conjunto las muertes imprudenciales y no imprudenciales ocurridas en el municipio de Baviácora, es posible encontrar un patrón de comportamiento que llama la atención: aunque estadísticamente poco significativas, las primeras mostraron una tendencia a concentrarse entre los hombres cuyas edades fluctúan entre los quince y veinticuatro años, observando un porcentaje de 36.6 del total de muertes por ACV a lo largo del siglo XX.⁷

En contraste, las muertes por motivos no imprudenciales, que, como ya se comentó, son estadísticamente más significativas, mostraron una dispersa distribución por edad con una ligera tendencia a concentrarse entre los hombres mayores de treinta años y menores de diez, sobre todo en las últimas tres décadas. Estos datos nos sugieren que fueron los varones menores de veinticinco años y mayores de quince quienes estuvieron más involucrados en actos peligrosos, en oposición con los mayores de veintinueve y menores de quince, quienes fallecieron principalmente por accidentes en los que no intervinieron actos imprudenciales.

Desde mi punto de vista, estos patrones de comportamiento de la mortalidad por accidentes y violencias en los hombres, según su edad y el tipo de conducta implicada en los decesos, pueden ser explicados reconociendo: a) el papel que juegan los rituales de masculinización en la exposición a riesgos por parte de los varones menores de veinticinco años y, b) el papel que juega el discurso de la responsabilidad y el control corporal masculino durante la edad adulta que lleva a los varones a evitar riesgos y conductas imprudenciales.

Rituales de masculinización, temeridad y riesgo de muerte

Durante el trabajo de campo realizado en la comunidad estudiada, se accedió a una gran cantidad de información, la cual nos proporciona pautas para entender los procesos sociales de construcción de la identidad masculina y la

⁷ Aquí es preciso señalar que este factor no estuvo condicionado por la estructura de población distribuida por edades, pues a lo largo del siglo pasado nunca fue el rango de edad con mayor población.



manera en que estos procesos, en su fase de rituales de iniciación, predisponen a los varones a involucrarse en eventos de riesgo y a tomar parte en una serie de accidentes que pudieron haber sido evitables.

En esta región, los rituales de institución que participan en la construcción de la identidad masculina se presentan, primeramente, en una serie de procesos de diferenciación que operan sobre el cuerpo del varón desde el momento de su nacimiento hasta distintas etapas de la infancia.⁸ En segundo lugar, y como efecto de los procesos de diferenciación que la sociedad ha inscrito sobre los cuerpos y las mentes de los varones, estos rituales dejan de ser motivados de manera unilateral por la sociedad y empiezan a ser recreados y celebrados por los mismos jóvenes durante la segunda fase de socialización, la cual ocurre regularmente entre los trece y los veintidós años de edad.

Durante la segunda fase de institución de la identidad masculina es cuando los varones jóvenes sienten la necesidad de mostrarse, principalmente ante los ojos de su grupo de pares y otros hombres adultos, como dignos aspirantes "al mundo de los hombres". Por esta razón, muestran una tendencia a involucrarse en actividades lúdicas y laborales que implican un cierto grado de osadía, audacia y exposición a riesgos, tales como: montar caballos, incursionar en el monte e iniciarse en la desvelada, las fiestas y la "pisteadá", actividades cargadas de significación de género en la medida que están relacionadas con la emancipación progresiva del cuidado feminizante de la madre, la ruptura simbólica del mundo privado femenino y la aspiración al mundo público masculino.

⁸ Así, desde el nacimiento es posible observar, por ejemplo, cómo los varones son sometidos a estos rituales de diferenciación a través de los primeros cortes de cabello (que lo distinguirán de la cabellera larga femenina). De la misma manera, también desde el nacimiento y durante los primeros meses de vida, la habitación, la cama y el cuerpo del bebé son adornados con una serie de imágenes y símbolos que en la comunidad evocan lo masculino, abarcando desde los colores, azul y amarillo casi invariablemente –en oposición al color rosa femenino–, hasta los objetos que le regalan los amigos y los parientes más cercanos: pelotas, zapatos, pantalones, ropa deportiva y otros artículos que en la comunidad representan lo masculino. Continuando durante las distintas etapas de la infancia y la adolescencia, los actos de diferenciación se inscriben en una serie de mandatos que regulan rutinariamente los comportamientos e imponen las formas correctas de peinarse, sentarse, caminar, ponerse el pantalón, etcétera, siempre en oposición a las formas en que lo hacen las mujeres. Todos estos rituales y estos deberes que se les asignan a los niños desde su nacimiento y la temprana infancia tienen la función muy eficaz de interiorizar en ellos la diferencia que tienen respecto del "sexo opuesto", emanciparlos progresivamente del mundo privado –considerado "femenino"– y prepararlos para el mundo público –asociado a lo "masculino".



Es precisamente en esta etapa, entre los trece y veintidós años de edad, cuando se presenta el mayor número de muertes por imprudencia de los varones en la región. Y, aunque estamos conscientes de que este proceso de construcción de la identidad masculina tiende a variar en el tiempo, la revisión de los archivos judiciales en la región nos muestra la regularidad presentada por este tipo de eventos peligrosos entre los jóvenes varones ubicados en este grupo de edad a lo largo del siglo estudiado. Tomando en cuenta que este tipo de conductas imprudenciales se presentaron de manera poco significativa en hombres menores o mayores al rango de edad mencionado, suponemos que, aun en sus matices y transformaciones a lo largo del tiempo, estos rituales de iniciación, recreados por los varones entre los quince y los veintidós años de edad, desempeñaron un importante papel en el despliegue de conductas de riesgo que derivaron en fallecimientos por accidentes y otras causas violentas. Un ejemplo:

La madrugada del 24 de enero de 1938, después de pasar la noche en una fiesta del pueblo vecino, Manuel Martínez, un joven soltero de 21 años, caminaba rumbo a su casa acompañado de tres amigos de la misma edad. Iban abrazados, tocando guitarra, cantando y bebiendo mezcal por un camino de terracería. Cuenta uno de los jóvenes implicados en el accidente que en el camino se encontraron con una camioneta que venía del norte “con su carrera natural, es decir despacio”, y que ante eso “todos se hicieron a un lado estirando a Manuel, pues se encontraba en completo estado de embriaguez”. En tal estado, Manuel Martínez no pudo controlar sus movimientos. Una vez en la orilla del camino, se ladeó y fue severamente impactado por la camioneta. Agrega su amigo y declarante que “quien manejaba el carro trató de evitar el impacto dando vuelta lo más posible”, pero que, no obstante sus esfuerzos, “le fue imposible evitar el accidente”. Agrega, además, que “no pide nada en contra del chofer” en virtud de lo acontecido, ya que fue “un accidente imposible de evitar”. Los peritos encontraron en el occiso una herida profunda cerca del ombligo y severos golpes en el cuerpo al parecer producidos por el guardafango del carro.⁹

Este ejemplo es representativo del tipo de accidentes en los que fallecieron los varones jóvenes de esa edad a lo largo del periodo estudiado. En efecto, de

⁹ Archivos de Justicia, caja 1, 1900-1939.



las cinco muertes por accidentes automovilísticos ocurridas por el despliegue de conductas de riesgo e imprudenciales que se presentaron durante todo el siglo xx, cuatro –ochenta por ciento del total–, fueron provocadas por varones jóvenes menores de veintidós años; accidentes en los que estuvieron invariablemente presentes el consumo de alcohol, el desafío a los caminos oscuros y peligrosos, el descuido y, cuando los jóvenes eran quienes conducían, el exceso de velocidad, todo en un marco de homosocialidad y complicidad con su grupo de pares. Por el contexto y las características de los incidentes, podría considerarse que éstos se presentaron como parte de los rituales de masculinización en los que se involucran los varones jóvenes durante la fase de transición de la adquisición de la hombría, actos casi todos que implicaron cierto grado de imprudencia, osadía y exposición gratuita a riesgos.

Masculinidad, control y responsabilidad o ¿por qué los hombres evitan la muerte?

Los rituales que involucran la demostración de fuerza y cierto grado de osadía y arrojo, a pesar de tener un importante peso en la construcción de las identidades masculinas, son tan sólo una fase transitoria dentro de tan prolongado proceso. Entre los veinte y los veinticinco años de edad –etapa en la que unos ya están casados y otros ya sienten la obligación de casarse– los varones comienzan a incorporar progresivamente un discurso normativo que exige responsabilidad en su actuar como hombre adulto; es decir, un discurso que involucra una ética del autogobierno basada en un comportamiento ordenado y disciplinado como parte de las cualidades que debe tener un varón para ser considerado “realmente hombre”.¹⁰

Este discurso casi siempre exige un grado de sobriedad, de control sobre sus actos, de capacidad instrumental para el trabajo y de responsabilidad no sólo para “dar la cara” sobre las consecuencias de sus actos, sino también

¹⁰ La responsabilidad, como una de las cualidades que deben tener los hombres para ser considerados realmente hombres, no pesa de manera exclusiva sobre las actuales generaciones –generación que estudié en términos etnográficos. Una investigación antropológica sobre masculinidad, salud y reproducción que realizó Núñez Noriega (2001) con adultos mayores de sesenta y cinco años en la misma comunidad, nos ayuda a entender la manera en que la responsabilidad y la seriedad que deben mostrar los varones adultos para poseer lo que Núñez denomina la “hombría adecuada” son valores que, aunque han experimentado transformaciones, se encuentran arraigados en Baviácora desde hace décadas.



para “mantener”, que en la comunidad se entiende como un “saber dar la cara” por la familia. Todas estas cualidades, por oposición, obligan a los varones adultos a alejarse de las conductas que consideran fanfarronas y propias de los “poco hombres”, tales como: “andar en pleitos”, “en habladas”, “ser flojo y mantenido”, beber alcohol al grado de “hacer escándalo público” o golpear a personas que se consideran socialmente débiles: mujeres, ancianos y niños.¹¹

Este discurso de la responsabilidad, al constituir una de las más importantes cualidades que deben tener los hombres en la comunidad, tiene una influencia determinante en el proceso de adquisición de la hombría, lo cual fue claramente constatado durante mi estancia en la comunidad, donde se observó cómo los jóvenes varones, generalmente entre los veintidós y veinticinco años, tienden a mostrar ante la comunidad que ya son “hombres responsables” a través de una serie de actitudes tales como tomar alcohol con discreción y moderación, dejar de “hacer escándalos en la borrachera”, abstenerse de participar en riñas o hacer “espectáculos en público”, reprimir sus burlas y tratar con “respeto y seriedad” a sus iguales.

Estas actitudes coincidieron con los relatos a través de los cuales los jóvenes entrevistados, formal e informalmente, contaron con orgullo la manera en que comenzaron a alejarse conscientemente de actividades que involucran riesgos –como el participar en riñas públicas “sin razón” o ser jinetes en carreras de caballos y monta de toros– con el fin de buscar modos de vida ordenados y más seguros, así como un empleo que les permitiera obtener ingresos estables para “mantener” y “brindar seguridad a su familia”.

Una noche de diciembre platico con Arturo, un joven de 25 años, casado y con un hijo. Me comenta que se casó a los diecinueve años y que un año después entró a trabajar a la maquiladora. Dice que antes de trabajar en la maquiladora se dedicaba a correr caballos y a veces a amansarlos, pero que decidió dejar esos trabajos “porque como *jockey* se expone mucho uno [a riesgos] y la paga no es segura (...) además que en la maquila ya estoy asegurado yo y mi familia”. Cierra la charla diciendo en voz alta y en un tono que denota cierto grado de sobriedad: “Es que está cabrón. Ya casado tiene uno que pensar en la familia, ¿qué no?”¹²

¹¹ A partir de aquí, se utilizan comillas para señalar que se hace referencia textual a las expresiones de uso común en la población estudiada.

¹² Diario de Campo, sábado 5 de diciembre de 2000.



Con esta información como ejemplo, es fácil entender el porqué, a lo largo del período estudiado, es precisamente a partir de los 29 años cuando los varones mostraron menores tasas de mortalidad por accidentes y causas violentas por conductas imprudenciales. De igual forma, resulta entendible el motivo por el cual estas tasas han mostrado un peso tan poco significativo en la estructura de causas de muerte por accidentes y otras causas violentas. Como vimos, el discurso de la responsabilidad actúa como un cerco invisible que gobierna la conducta de los varones y los lleva, consciente e inconscientemente, a abandonar riesgos gratuitos y a cuestionar las actitudes que consideran "irresponsables". Ser fanfarrón, arriesgado, violento, abusivo y escandaloso es ser cualquier cosa menos un "verdadero hombre" o, como dicen los varones de la comunidad, "un hombre-hombre, no chingaderas".

Pero ese discurso que asocia virilidad a responsabilidad no sólo forma parte de una etapa liminal. En general, la hombría en la comunidad se encuentra vinculada a la responsabilidad durante todas las etapas de la vida adulta. Una noche de diciembre, mientras tomaba cerveza y platicaba con los varones que se encontraban en la cantina ambulante que se instala durante las fiestas del pueblo, pude observar una serie de hechos que me llamaron la atención. Cuando se presentaban los recesos del baile principal que se lleva a cabo durante las fiestas, los hombres jóvenes que allí se encontraban bailando con sus parejas, se separaban un momento de éstas para visitar la cantina ambulante (que se localizaba al margen de la plaza) y tomarse una cerveza o un trago de bacanora que regularmente escondían en su chamarra. Al percatarme de que una gran cantidad de varones hacían lo mismo, me le acerqué a un joven que venía de vez en vez durante los recesos a tomarse el trago en la cantina. Éste me ofreció un trago de bacanora y una vez que entramos en confianza le pregunté por qué escondían la bebida, a lo que me contestó con un gesto de seriedad: "Pues porque no está bien andar tomando enfrente de todo mundo. Hay que respetar a la esposa. ¿Pa' qué quiere uno andar haciendo teatritos que la avergüencen a ella y lo avergüencen a uno?"

Este comentario, aunado a una serie de relatos de jóvenes adultos que pude recopilar durante mi estancia en la comunidad, me ayudó a entender que cuando un varón se refiere a "no hacer teatritos", quiere decir, entre otras cosas, que ante los otros siempre tiene que conservar una conducta que demuestre que no se está excediendo en el ejercicio de las libertades que



posee. En estas comunidades, si bien el varón adulto goza de licencia para beber alcohol, pelearse en público, ostentar el mando en la casa, involucrarse en relaciones sexuales fuera de la pareja "oficial" y otra serie de prerrogativas –que no tienen en la misma medida las mujeres, los niños y los ancianos–, el exceso en el ejercicio de esos privilegios es visto como de "poco hombre" o de "hombre irresponsable", ya que el excederse es signo de incapacidad para mantener control sobre sus actos.

En estas comunidades un hombre puede beber alcohol pero no ser un borracho que se queda tirado en la calle o que en su embriaguez ofende, insulta o golpea a otras personas; un hombre puede pelearse en público pero únicamente cuando está de por medio su honorabilidad como hombre honesto y responsable o el honor de su esposa o de algún miembro de su familia;¹³ un hombre debe poseer el liderazgo y el mando en la familia, pero eso nunca le autoriza imponer su voluntad sin razón o por la fuerza;¹⁴ un hombre puede tener relaciones sexuales fuera de su matrimonio o de su noviazgo pero nunca puede vanagloriarse de ello para no faltarle el respeto a su mujer ni caer en el exceso indeseable y altamente estigmatizado de la fanfarronería, ya que estas características, según la opinión en el pueblo, sólo las exhibiría "un hombre machista".

Modernización defectuosa y organización social del género: el caso de la mortalidad masculina por factores no imprudenciales

Las formas de ser hombre en Baviacora y su énfasis en la responsabilidad pueden explicar el peso poco significativo que tuvieron las muertes violentas por conductas imprudenciales a lo largo del siglo pasado. Sin embargo, no ayudan a imaginar las posibles razones por las cuales la tasa de mortalidad por motivos no imprudenciales ha tendido a incrementarse en las últimas tres

¹³ El único homicidio derivado de una riña del que se tiene registro en los archivos judiciales del siglo xx, se produjo en un contexto de defensa del honor cuando un sábado de 1942, durante un baile en el pueblo, un joven que había bebido en exceso, quiso obligar a la novia de otro joven a bailar con él. Cuando ésta se negó, el joven comenzó a insultarla, lo cual dio origen a una disputa con navajas entre el agresor y el novio de la ofendida. El agresor resultó herido en una pierna y murió desangrado doce horas después de la riña. El homicida alegó que estaba defendiendo su honor de hombre y el honor de su futura esposa.

¹⁴ Una buena parte de las acciones cotidianas del varón se encuentran orientadas a demostrar ante los otros que no es "faldilludo" ni "mandilón" y que nadie dentro de la casa está por encima de su



décadas. Para entenderlo, es necesario desplazar el énfasis exclusivo en los procesos de masculinización y las formas de ser hombre para echar una mirada a la manera en que los procesos de modernización y el orden de género, en su conjunto, condicionaron una serie de riesgos que llevaron a los hombres a incrementar sus decesos en los últimos treinta años.

División sexual del trabajo y riesgo de muerte

El municipio de Baviácora, al igual que todos los pueblos de la sierra de Sonora, se caracteriza por poseer una rígida división sexual del trabajo. Ordenada bajo los principios dicotómicos de diferenciación público/privado, exterior/interior, adentro/afuera que caracteriza a la mayor parte de las sociedades occidentales, el orden de las representaciones en Baviácora asocia lo "femenino" con el espacio privado y lo "masculino" con el espacio público. Partiendo de estos principios de diferenciación, y en congruencia con el carácter relacional de las dicotomías que ordenan el espacio social, se asigna a las mujeres actividades socialmente consideradas como "femeninas": cuidar a los niños, limpiar la casa, administrar la economía doméstica y, en general, todas las labores propias del "ámbito privado" y del hogar. En sentido contrario, se asigna a los varones una serie de actividades socialmente asociadas a lo masculino, como la participación en el mundo de la política, el trabajo fuera de casa, el sostén económico de la familia y otras labores que se desarrollan en la esfera pública y en el "mundo exterior".

Esta rígida división sexual del trabajo implica, entre otras cosas, que los varones adultos sean quienes en mayor medida se encuentren expuestos a los riesgos que conllevan la desventura y el trabajo en la vida pública. En la medida en que pasan el mayor tiempo del día fuera de casa gestionando la provisión de alimentos e ingresos económicos para el sostén de la familia, cultivando la tierra, manejando tractores o máquinas en la fábrica, montando caballos para el pajeo del ganado, reparando cercos y otras actividades

autoridad ni lo "mangonea". Aunque es preciso dejar muy claro que este ejercicio del poder y el monopolio de la autoridad dentro de la familia nunca es total y arbitrario, pues esto en la comunidad es propio de un "hombre machista"; esto es, de un hombre que impone su autoridad y no se la gana, hecho que lo excluye de la posesión de una hombría respetable y honorable. Podemos decir que lo que un hombre tiene que demostrar constantemente es que no se somete al mando de la mujer, sin caer por ello en el extremo del machismo.



laborales, viven con mayores probabilidades de sufrir accidentes que no necesariamente tienen que ver con actitudes imprudenciales o exposiciones gratuitas al peligro.

Sobre este punto, es lógico suponer, que, al implicar un mayor grado de peligro, los varones debieran ser igualmente más cuidadosos en la realización de las actividades que desempeñan. Desde esta perspectiva, podríamos considerar este tipo de accidentes como producto de la ausencia de autocuidado propia de la identidad masculina en nuestra cultura. Sin embargo, el asunto no es tan sencillo. Los datos estadísticos expuestos páginas atrás, a través de los cuáles aludimos al comportamiento de la mortalidad por accidentes y otras causas violentas en mujeres, señalan que a partir de la década de 1980 la mortalidad por este tipo de causas ha tendido a concentrarse en las mujeres mayores de quince y menores de veintinueve años. Dado que algunas de estas muertes se debieron a la conducción de vehículos de automotor, ello nos da un ejemplo de cómo las muertes por ACV han tendido a incrementarse y a afectar en mayor medida a quienes se desenvuelven fuera del espacio restringido del hogar, sin tomar en cuenta el sexo de las víctimas.

Procesos de modernización defectuosa y riesgo de muerte

La división sexual del trabajo, lejos de explicar el comportamiento anterior, se ha articulado de manera compleja con cambios sociales más amplios que han ocurrido en la comunidad a partir de las últimas décadas. Los procesos de modernización que iniciaron de manera muy limitada y se consolidaron a partir de la década de 1970 con la puesta en marcha de la infraestructura carretera, la instalación de la red extendida de electricidad, el incremento en el número de vehículos y la apertura de empresas maquiladoras, crearon las condiciones para que los habitantes de la comunidad se expusieran, estadísticamente, a más riesgos de sufrir accidentes que los que implicaba una vida sin electricidad, ni carreteras y con pocos vehículos de automotor.

Es justamente a partir de la década de los años setenta que la mortalidad por accidentes y otras causas violentas dio un giro en el patrón de comportamiento: los homicidios y los envenenamientos accidentales disminuyeron al tiempo que aumentaron significativamente los accidentes en vehículos de automotor, los accidentes en el trabajo y los fallecimientos por descarga eléctrica.



En una sociedad de hombres sin experiencia para el manejo de vehículos de motor, máquinas eléctricas y con una infraestructura deficiente de talleres mecánicos para la reparación y mantenimiento de vehículos y aparatos eléctricos, fue extremadamente común encontrar en los archivos de justicia registros y peritajes de accidentes que estuvieron condicionados por causas relacionadas con la falta de habilidad y pericia en el manejo de estos artefactos modernos. Un ejemplo:

La tarde del 25 de julio de 1972, el señor Javier Santacruz decidió llevar a su hijo de cinco años para "acompañarse mientras realizaba sus labores vespertinas en el campo". A las cinco de la tarde, mientras molía pastura con el tractor, accionó "intempestivamente" una palanca "con la que se despega la maquina que muele la pastura". Ante el movimiento del tractor, su hijo Javier "se asustó y saltó del mismo, estrellándose en el piso con la cabeza". Asustado, el señor Santacruz trasladó a su hijo a casa y, viendo que no reaccionaba del golpe, procedió a llevarlo con el médico del pueblo vecino (la cabecera municipal) para que lo atendiera. Fue demasiado tarde. Mientras el médico lo atendía, el niño falleció de "fractura en el cráneo", según reporta el mismo peritaje del médico. "Después de la tristeza –dice el señor Santacruz– y viendo la triste muerte de mi hijo me sentí muy mal, perdiendo el conocimiento y no recobrándolo, por lo que fui trasladado a Hermosillo". El señor Santacruz quedó internado en esa clínica durante dos semanas, motivo por el cual no pudo asistir al sepelio de su hijo.¹⁵

Accidentes como éste, en los que se percibe falta de pericia y habilidad para el manejo de máquinas, lo cual no significa necesariamente imprudencia, se presentaron con mucha frecuencia a partir de la década de 1970, justo cuando los censos del municipio registran los primeros vehículos de automotor en la región.¹⁶

A lo anterior se añade la mayor exposición a riesgos que ocasiona la llegada de una modernización caracterizada por su perfil defectuoso (Simonelli, 1987).

¹⁵ Archivos de Justicia, caja 4, expediente 9, 1960-68, Baviácora, Sonora, 20 de agosto de 1972.

¹⁶ Según el "Censo de Estadísticas de Baviácora" (como se menciona en el archivo), en 1963 había 24 automóviles particulares, un camión de pasajeros, un camión oficial, doce camiones de carga, dos carretas de tracción animal y dos bicicletas. Esto nos hace suponer que el tractor que manejaba el Sr. Santacruz fue de los primeros en llegar a la región. Archivos Municipales, caja 14, expediente 6, Baviácora, Sonora.



En la medida que este municipio de la sierra está asentado en una región de las más pobres del estado, la llegada de la electrificación, el agua potable y las carreteras ha sido deficiente, dado los pocos recursos estatales que se destinan a consolidar una buena infraestructura. Por este motivo, a partir de la década de 1970 es común encontrarse con accidentes que ocasionaron la muerte de personas por fallas en la infraestructura carretera, tales como volcaduras por baches, choques con ganado por ausencia de señalamientos y atropellamientos por falta de semáforos a la entrada de los pueblos (que son atravesados en su totalidad por la carretera), así como atropellamientos y volcaduras por fallas en el sistema de frenos de los vehículos,¹⁷ mismos que representaron sesenta por ciento del total de muertes por accidentes de transporte ocurridas a lo largo del siglo.

A esto debemos añadirle las constantes fallas en el sistema de electrificación que, al requerir reparaciones con frecuencia, expusieron continuamente a los hombres encargados de reparar los defectos del sistema eléctrico y los postes de luz a la eventualidad de sufrir accidentes. La totalidad de las muertes por descarga eléctrica que se presentaron durante el periodo estudiado ocurrieron una noche de 1981, cuando, después de uno de los constantes apagones, tres varones adultos, encargados de la reparación del sistema de electricidad, se dirigieron a solucionar el problema “en la noche, mientras llovía y con poca herramienta”, según comentarios de un lugareño (...) que fue testigo presencial de los hechos.¹⁸

Este tipo de sucesos nos muestra el importante papel que han desempeñado los procesos de modernización defectuosa en el incremento de riesgo de accidentes y fallecimientos por causas violentas; riesgo que se acentúa en los varones, debido a que los procesos de modernización han operado sobre la base de una rígida división sexual del trabajo, lo que impone a las mujeres la permanencia en casa y obliga a los varones al desenvolvimiento social y laboral en lugares públicos.

¹⁷ Asunto que también se puede relacionar con la ausencia de talleres mecánicos para reparar vehículos y ausencia de una cultura de revisión periódica de las condiciones de los vehículos debido a la inexperiencia en el uso de los mismos.

¹⁸ Diario de Campo, 2 de febrero de 2000. Lo interesante en este caso es que el informante me comentó de estas muertes –que después corroboré en el archivo histórico del municipio– como un ejemplo de lo “mal atendidos” que tiene la Comisión Federal de Electricidad a los empleados que trabajan en el municipio, motivo por el cual mi informante decidió dejar de trabajar en esta empresa pública.



Discusiones

En su conjunto, los resultados de la investigación que da origen a este trabajo presentan una serie de datos que, desde mi punto de vista, contribuyen a matizar los planteamientos que se han realizado a partir de los estudios de las masculinidades en relación al vínculo entre masculinidad, conductas de riesgo y mortalidad. Cuatro aspectos me interesa resaltar para argumentar lo dicho.

1. En concordancia con lo planteado por Benno de Keijzer y de quienes han realizado estudios sobre las masculinidades, los datos generales sobre mortalidad y sus diferencias por sexo confirman el claro protagonismo de los varones en los decesos por accidentes y otras causas violentas, particularmente durante la edad productiva y reproductiva. En efecto, a lo largo del periodo estudiado, los varones entre quince y cuarenta y cuatro años de edad aportaron entre setenta y ochenta por ciento de las defunciones totales ocurridas por este tipo de causas, lo cual, en contraste con la tendencia a la baja de las tasas de mortalidad general, llevó a que estos fallecimientos contribuyeran de manera significativa a modificar la estructura de las principales causas de muerte general y se consolidaran las ACV como la cuarta causa de muerte en la década de los años noventa. En el mismo sentido, se observó que en la estructura de la mortalidad general de los varones, los fallecimientos por ACV siempre figuraron entre las principales causas de muerte –a diferencia del caso de las mujeres– mostrando incluso una tendencia a escalar posiciones a lo largo de las décadas hasta colocarse a partir de 1990 como la segunda causa de fallecimientos totales.
2. No obstante lo anterior, cuando analizamos el tipo de conducta implicada en los decesos por accidentes y otras causas violentas se muestra evidencia de que las conductas imprudenciales contribuyeron de manera poco significativa a condicionar este tipo de decesos en los varones, lo que nos señala una profunda discordancia con lo que tradicionalmente se ha planteado desde los estudios de las identidades masculinas, ya que sólo tres de cada diez defunciones por ACV estuvieron mediadas por el consumo de alcohol, manejo en exceso de velocidad, riñas u otras conductas que, de acuerdo al peritaje médico, consideramos imprudenciales. Además, estos mismos datos mostraron



una diferencia interesante cuando tomamos en cuenta la edad de las víctimas: dos de cada tres varones fallecidos por conductas imprudenciales tenían entre quince y veinticuatro años de edad al momento de su fallecimiento, mientras que las muertes en los varones menores de quince y mayores de veintinueve años fueron ocasionadas por conductas no imprudenciales en sesenta por ciento de los casos. En conjunto, estos datos nos dicen que: a) en setenta por ciento de los casos las muertes por accidentes y otras causas violentas en la comunidad no fueron ocasionadas por conductas imprudenciales y exposiciones gratuitas al riesgo o al peligro de los varones, b) los varones que con mayor frecuencia fallecieron por razones ajenas a las conductas imprudenciales fueron los menores de quince y mayores de veintinueve años y, c) los varones entre quince y veinticuatro años son quienes con mayor frecuencia se expusieron a peligros y riesgos asociados a la temeridad.

3. La poca representación de las muertes por conductas de riesgo de los hombres se debió, según la información etnográfica obtenida, a que en la región existe un modelo de socialización de género que en la última fase de institución de la identidad masculina –entre los veintidós y veinticinco años de edad– exige a los varones, para ser considerados “hombres de verdad”, la demostración pública de una serie de actitudes asociadas a la seriedad y a la responsabilidad, tales como la disciplina laboral, la capacidad para “mantenerse a sí mismos” o “mantener a la familia”, el control sobre sus actos, la sobriedad y el respeto a sus iguales. Actitudes éstas que los obligan a alejarse de conductas consideradas irresponsables y propias de los “poco hombres”, tales como la fanfarronería, la pereza laboral, la incapacidad para ser el sostén de la familia y de sí mismos, el exceso en la ingesta de alcohol y la participación en riñas “sin razón”. De igual forma, este proceso de construcción de la identidad masculina explica la razón por la cual los varones que tienen entre quince y veinte años de edad concentraron el mayor número de muertes por conductas imprudenciales a lo largo del periodo estudiado, pues es precisamente en este rango de edad cuando los varones jóvenes se encuentran en una fase de transición hacia la adquisición de la “hombría”, demostrando una tendencia a



involucrarse en una serie de rituales de masculinización que implican, casi siempre, un cierto grado de riesgo y osadía que los expone a mayor tipo de peligros y a sufrir accidentes que pudieron haber sido fácilmente evitables.

4. El paulatino incremento de la mortalidad por accidentes automovilísticos en las últimas tres décadas –casi todos ocasionados por fallas mecánicas o falta de pericia de los lugareños en el manejo de vehículos de automotor, más que por imprudencia o temeridad– mostró la necesidad de atender a condicionantes más amplios que la mera lógica de las identidades masculinas. En este caso, es evidente que los procesos de modernización, a través de la puesta en marcha de la infraestructura carretera y el sistema de electricidad, principalmente, contribuyeron en gran medida a que en los últimos años se disparara la mortalidad por accidentes y causas violentas en las que no intervinieron conductas de riesgo gratuito. Esto, como ya se comentó, invita a pensar la implicación de otros fenómenos en el condicionamiento de las muertes por ACV y a desplazar la mirada exclusiva de las identidades masculinas hacia otras posibilidades. Sin embargo, de acuerdo a lo ya planteado, esto último no implica olvidarse del papel que juega la organización social de género como uno de los condicionantes más amplios de la mortalidad por causas violentas. En la medida en que los procesos de modernización operaron sobre la base de una rígida división sexual del trabajo que mantiene a las mujeres en el ámbito restringido del hogar y motiva a los varones al desempeño y desenvolvimiento en la esfera pública, el fenómeno de la mortalidad por accidentes y otras causas violentas se encontró igualmente condicionado por las formas que adquiere la organización social del género en la región.

Lo expuesto anteriormente discrepa cualitativamente de lo que se plantea en otros estudios sobre el tema, particularmente en lo señalado por Luis Bonino y Benno de Keijzer en relación al perfil nocivo de las identidades masculinas, y en las representaciones del hombre rudo, temerario, arriesgado, fanfarrón y violento que dibujan regularmente las más variadas investigaciones sobre el tema. Estas diferencias llevan inevitablemente a preguntarnos si es la extrema singularidad de las identidades masculinas en la región la que hizo arrojar



estos resultados o es la manera en que registramos la información en el proceso investigativo la que nos llevó a presentar resultados tan distintos.

Valoro y aprecio profundamente los trabajos de investigación que han dado luz sobre el fenómeno de la masculinidad y su vinculación con las conductas de riesgo, pues además de aportar nuevos horizontes de análisis al proceso de comprensión de la compleja realidad social, han motivado el cuestionamiento de los aspectos opresivos y nocivos de ciertas formas de ser hombre en nuestra cultura. Sin embargo, en la mayor parte de los estudios que abordan el tema en América Latina se entrevé una tendencia a dar por sentado el vínculo masculinidad-conducta de riesgo-muerte a partir del análisis cuantitativo y sus diferenciales por sexo, sin someterlo a un escrutinio cualitativo. La intención de este trabajo fue, por la misma razón, verificar qué tipo de conducta estuvo implicada en el deceso por causas de muerte violenta, con sus consiguientes resultados.

El análisis estadístico aquí presentado, que se acompaña del análisis de conductas implicadas y su relación con el registro de los patrones de conducta dominantes de los varones en la región –con el fin de rastrear los vínculos entre identidad, conducta y causa de muerte–, nos ha mostrado que las conductas imprudenciales de los varones no son el factor determinante de las ocurrencias de accidentes que derivaron en fallecimientos por violencia. Al contrario, el peso poco significativo de las conductas imprudenciales en los decesos y la observación participante revelaron que existe un cerco invisible, socialmente elaborado por un discurso normativo que asocia hombría a responsabilidad, que tiende a moldear sus acciones y los obliga, consciente e inconscientemente, a evitar prácticas que les pudieran quitar la vida.

Como se puede ver, la diferencia entre los resultados que se presentan en la literatura sobre el tema y los aquí mostrados son significativos. Queda pendiente cuestionarse si ello se debe a que la singularidad de la región condiciona el comportamiento del fenómeno, en cuyo caso me sentiría muy contento de compartir esta diferencia ante la comunidad científica, pues aportaría elementos para debatir la noción conservadora que imagina la temeridad y la violencia masculina como natural y universal o, en su defecto, ha sido la forma en que hemos abordado el fenómeno la que nos ha llevado a plantear generalizaciones y, sin quererlo, a participar en la construcción de un nuevo estereotipo del macho mexicano o latinoamericano.



Bibliografía

- Badinter, Elisabeth (1993) *XY. La identidad masculina*, España, Alianza.
- Bonino, Luis (1992) "Accidentes de tráfico. Asignatura pendiente en salud mental", trabajo presentado en el *Encuentro hispano-argentino. Prevención en salud mental*, Santiago de Compostela.
- Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina*, España, Anagrama.
- Deutschendorf, Harvey (1996) *Of Work and Men. How Men Can Become More than their Careers*, EE. UU., Fairview Press.
- Fagundes, Denise (1995) "Performances e reprodução e produção dos corpos masculinos", en Ondina Fachel Leal (coord.), *Corpo e significado*, Brasil, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, pp. 193-205.
- Fernández de Hoyos, Roberto (1983) "¿Cuáles son realmente las principales causas de defunción en México?", en *Salud Pública de México*, México, mayo-junio.
- Gilmore, David (1994) *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, España, Paidós.
- Godelier, Maurice (1986) *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal.
- Hernández, Héctor (1989) *Las muertes violentas en México*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.
- INEGI (2000) *Estadísticas vitales*, México.
- Kaufman, Michael (1987) "The Construction of Masculinity and the Triad of Men's Violence", en Michael Kaufman (coord.), *Beyond Patriarchy: Essays by Men on Pleasure, Power, and Change*, Toronto, Oxford University Press, pp. 1-29 (edición en español: *Hombres: placer, poder y cambio*, República Dominicana, CIPAF).
- Keijzer, Benno de (1997) "El varón como factor de riesgo. Masculinidad, salud mental y salud reproductiva", en Esperanza Tuñón (coord.) *Género y salud en el sureste de México*, México, UJAT/ECOSUR.
- Kimmel, Michael (1997) "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Chile, FLACSO Chile/ISIS International, pp. 49-62.
- Núñez, Guillermo (2001) *Hombres serios: masculinidad, sexualidad y reproducción en adultos mayores* (en proceso de publicación).
- Paz, Octavio (1970) *El laberinto de la soledad*, México, FCE.
- Polk, Kenneth (1994) "Masculinity, Honour and Confrontational Homicide", en Elizabeth Stanko y Tim Newburn (eds.) *Just Boys Doing Business? Men, Masculinities and Crime*, Nueva York-Londres, Routledge, pp. 166-188.



- Ramos, Samuel (1977) *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe.
- Simonelli, Jeanne (1987) "Defective Modernization and Health in México", *Social Science and Medicine*, vol. 24, núm. 1, pp. 23-36.
- Stern, Steve (1995) *The Secret History of Gender: Women, Men and Power in Late Colonial Mexico*, EE. UU., University of North Carolina Press.
- Viveros, Mara y William Cañón (1997) "Pa' bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los quibdoseños", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Chile, FLACSO Chile-ISIS International, pp. 125-138.